

ASÍ SE ESCRIBE UNA NOVELA.... *a la manera clásica*

Ignacio García-Valiño

Introducción

Cuando me puse a preparar esta charla, decidí hablaros de algo que a mí me habría sido de gran utilidad cuando empezaba a escribir. La charla que me habría aclarado una serie de preguntas e inquietudes que tenía a vuestra edad, cuando empezaba a soñar con ser escritor. Respuestas que tuve que encontrar por mí mismo, a base de pocos aciertos y muchos errores y batacazos.

Al principio, cuando haces tus primeros cuentos, o poemas, te crees que escribes de maravilla, que tienes un talentazo. Nos pasa a casi todos. Es como una fiebre, como un enamoramiento. Te enamoras de lo que tú mismo escribes, pero no te atreves a sacarlo del cajón, porque eres demasiado sensible a las malas críticas. O sólo se los pasas a tu mejor amigo, que siempre te sube la moral, pues para eso está.

Esto no es malo del todo, incluso es bueno, porque te anima a seguir, te da ese punto de locura para perseverar en este oficio de locos. Hay que creer ciegamente en uno mismo. Hay que verse mejor de lo que uno es en realidad. Hay que ser muy ingenuo y muy soñador, y estar muy equivocado. Y hay que leer mucho e imitar sin darte cuenta. Imitar a todos los que te gustan, y creerte el colmo de la originalidad.

Conforme transcurren los años y te curtes en el oficio, conforme te vas convirtiendo en un escritor, te vas dando cuenta con horror de los malos que eran aquellos primeros escritos, tus primeros cuentos y tu primer intento de novela. Entonces ocurre una extraña paradoja: cuanto peor escritor te ves, mejor escritor eres o más reconocimiento tienes.

Lo que se aprende no es sólo a escribir mejor, sino a ser más autocrítico. Al principio empezamos siendo muy complacientes con nuestras ingenuas creaciones, y años después nos convertimos en enemigos implacables de nuestra propia escritura. Te aplicas la autocensura. Por eso tiene mucho sentido una frase famosa de Faulkner: “escribir bien es tener un detector de mierda a prueba de bombas”.

Por qué escribimos

Vosotros, los que tenéis la suerte de estar aquí, alumbráis historias. Escribimos porque sentimos esa necesidad de contar y contarnos. Tenemos historias e instinto para contarlas, y poner lo mejor de nosotros en ello, lo más personal. Pero hay un largo camino para adquirir la técnica narrativa y la sabiduría para gestar una novela. Esto es una combinación de instinto natural y sobre todo, de muchísima práctica y oficio. Un poco de inspiración y mucho, mucho de transpiración.

El cuento

Es un viejo consejo: antes de escribir una novela, escribe cuentos, muchos cuentos. El relato es la cantera ideal para entrenarse y descubrir las posibilidades y combinaciones de una historia.

Cuando seas capaz de escribir un libro de relatos, estarás más preparado para el largo recorrido de una novela. A veces, el origen de una novela es un cuento que te pide más. Para mí, ponerse uno a escribir su primera novela sin antes haberse medido en el cuento corto, es una temeridad. Es como querer disputar la maratón sin antes haber participado en una carrera de medio fondo.

A la manera clásica

Es muy difícil teorizar sobre la novela, y hay tantos tipos de novela como maneras de escribirla, por eso nadie quiere hablar de recetas, o fórmulas cerradas. Pero yo creo que todos deberíamos empezar a escribir novelas a la manera clásica. Es el mejor modo de iniciarse en un aprendizaje tan complejo que resulta inabarcable.

Os voy a dar algunas claves sobre cómo se arma una novela a la manera clásica.

Unidad argumental

Una novela no es sólo una historia, un argumento. Una novela es una constelación de historias entrelazadas, un microcosmos de personajes definidos. Pero una novela bien armada debe tener una historia principal, un hilo conductor, porque si todas las tramas tienen la misma importancia, entonces no tenemos una novela; tenemos una macedonia.

Primero hay que conocer la técnica para contar historias con una estructura. Y después, cuando dominas la técnica, puedes deshacerte de ella. Pero la mayoría de los novelistas que escriben novelas sin estructura ni apenas argumento, es porque no saben realmente la técnica de contar a la manera clásica.

Trama y estructura

No se escribe a base de arrebatos pasionales. Hay que pensar mucho antes de escribir. Hay que planificar, y hacerse esquemas, un árbol, una sinopsis, esas cosas.

Una novela a la manera clásica es una novela que tiene estructura argumental, un planteamiento, un desarrollo o nudo y un desenlace o final, en el que hay una trama principal con uno o varios protagonistas que buscan un fin, y el lector va siguiendo su peripecia en esta lucha por conseguir su fin. Digamos que en todo momento, el lector sabe en qué punto se encuentra de esta trama, y desea saber qué va a pasar a continuación.

La mayoría de las novelas que se escriben ahora no tienen trama, o la tienen muy difusa, y no importa lo que va pasando, no importan los hechos. El peso gravita en el estilo, o cómo se cuentan las cosas, las ideas. Eso no significa en absoluto que sean malas novelas. Muchas de las novelas sin una trama clara narran simplemente la vida cotidiana de los personajes, no pasa nada en especial, pero lo poco que pasa se cuenta con más o menos sensibilidad.

En esta novela sin estructura clara, los personajes pueden tener un conflicto, pero no se sabe qué buscan, no ves una progresión dramática. Yo no digo que esto sea ni bueno ni malo, allá cada cual con sus gustos. Sólo quiero decir que a menudo esto ocurre porque el autor, el novelista, no sabe construir un argumento que enganche, unos personajes, una caracterización, pero confía en su buen estilo de narrador para dar interés y personalidad a lo que cuenta.

Una novela a la manera clásica no es un best-seller. No tiene por qué ser fácil, ni convencional. Kafka, por ejemplo, escribía a la manera clásica. Sus personajes padecen un conflicto y buscan una salida, aunque nunca se concreta el origen del conflicto, quién es el enemigo, y contra qué tiene que luchar el protagonista, un tal K., ni de qué naturaleza son los obstáculos que tiene que ir salvando. Sin embargo, en todo momento el lector sabe en qué punto de la trama se encuentra, y se pregunta si conseguirá salir airoso de la prueba.

La idea germinal

Para escribir a la manera clásica hay que planificar mucho. Por decirlo de forma simple, requiere un 80% de reflexión y un 20% de pasión. El gran esfuerzo es el de la inteligencia creadora, que tiene que adoptar muchas decisiones, sirviéndose de la técnica.

La primera gran decisión es la idea motriz, el germen: qué queremos contar. Una buena novela debe contener, al menos, una idea indemne. En el trabajo previo a escribir, debemos tener claro cuál es esa idea que queremos reflejar. Una idea motriz puede ser, por ejemplo: cómo una sociedad provinciana puede aniquilar el alma libre de una mujer casada.

Esto podría ser la sinopsis de *La Regenta*, y también la de *Madame Bovary*.

Idea (sinopsis), conflicto y estudio de los personajes.

Antes de ponernos a escribir el primer capítulo, tenemos que hacer nuestros esquemas, sinopsis y estudios. Estos papeles preliminares son como los pilares de la catedral. En ellos descansa todo el peso de la estructura.

Lo primero es la **idea germinal**. El concepto profundo. Condensa el núcleo de la historia. Esta idea recoge el conflicto del personaje principal. Por este orden:

1º desarrollamos la idea; qué queremos contar y por qué.

- 2º, el conflicto: qué hace padecer, qué mueve las emociones.
- 3º la psicología de los personajes.
- 4º El enfoque / punto de vista.

Caracterizar

Caracterizar viene de carácter, igual que característica. La RAE define caracterizar como “determinar los atributos peculiares de una persona de modo que claramente se distinga de las demás”.

Una cosa es que sean reconocibles, y otra que sean estereotipados.

Hay que evitar también planteamientos maniqueos, como buenos y malos, listos y tontos, etc.

Tienen que ser consistentes, incluso si su rasgo principal es ser veleidoso o impredecible. Para eso hay que conocer cómo sienten y cómo piensan, y cómo actúan.

Consistentes pero no rígidos ni predecibles. Y con un punto de ambigüedad, porque nadie es sólo de una forma, no existe el rasgo puro. Un ejemplo de ambigüedad magistral es el reciente Oscar de Hollywood: *Crash*: ningún personaje es racista puro, ninguno tampoco está a salvo del racismo, ninguno se comporta igual en cualquier situación. Nadie es lo que parece.

Deben **evolucionar**. A la hora de caracterizarlos, hay que tener muy presente cómo van a evolucionar a lo largo de la novela. En toda buena historia que se precie, los personajes modifican sus esquemas, su actitud ante el mundo, a resultas del choque con la realidad. A menudo, la dirección de este cambio nos ayuda a encontrar el final.

El enfoque

Después de tener claro el argumento y los personajes, y su evolución, hay que detenerse en el enfoque.

El enfoque es el punto de vista, el ángulo especial por el que vas a atacar. Un argumento aparentemente trillado, una *love story*, por ejemplo, puede resultar una gran historia si se le da un enfoque interesante, o novedoso.

Es muy difícil, si no imposible, encontrar argumentos vírgenes. Lo moderno, lo que amplía las posibilidades de la historia es el enfoque. En la novela que estoy leyendo ahora, *Rabos de lagartija*, de Juan Marsé, el narrador es un feto. En la novela moderna, prima la subjetividad del enfoque por encima de todo. Es el prisma a través del cual miramos lo que hace parecer que el mundo sea diferente.

El objetivo.

A la hora de construir la trama, tenemos que tener muy claro el objetivo de los personajes principales.

Hemos desarrollado en unos pocos folios la trama principal, que es el hilo conductor de la historia. Es como una sinopsis un poco más larga. Aquí tenemos que aclarar el objetivo del protagonista: qué necesita, cuál es el objetivo de su lucha. ¿Busca el amor, chico busca chica, chica busca chico...? ¿Busca dinero, para ser rico, para salir de la pobreza? ¿Busca sexo, diversión? ¿Busca conocimiento? ¿Busca justicia? ¿Busca venganza? ¿Justicia? ¿Restaurar un orden que ha perdido? En fin, hay miles de motivaciones, pero sobre todo hay que conseguir hacer creer lo importante que es para el protagonista conseguir lo que busca. Para él tiene que ser una cuestión casi de vida o muerte. Eso es el objetivo del protagonista.

Los obstáculos

El protagonista (sea uno o varios) quiere conseguir algo, y no lo tiene fácil. Si fuera fácil, no habría novela. En la vida sabemos que nada es fácil. Para cada meta hay un montón de dificultades. Por ejemplo, muchos de vosotros queréis ser escritores. Esa es una lucha difícil, vais a tener que currároslo de lo lindo. Tenéis muchos obstáculos. El primero es la propia dificultad de escribir bien, de hacer una buena novela. El segundo es este mundo editorial que es criminal, que es una selva, y no da muchas oportunidades a los recién llegados. El tercero es que es muy insolvente, apenas da para vivir, y por eso tenéis que hacer otros estudios, y sacar tiempo para escribir, y no desanimaros. Hay muchos obstáculos más, pero vosotros estáis dispuestos a superarlos, por eso estáis aquí, ¿verdad? Bueno, ya sabéis lo que es un objetivo y una lucha llena de obstáculos.

Aliados y antagonistas

Entre los obstáculos pueden contarse enemigos: antagonistas. En un relato clásico, hay personajes que ponen a prueba al protagonista. También hay otros que lo ayudan a conseguir su meta. Si seguimos con el ejemplo anterior, en mi lucha por llegar a convertirme en escritor hubo un claro aliado, y fue el editor Carlos Pujol, que ya conocéis. El fue el editor que apostó por mí, tuve esa suerte. En un argumento clásico, hay personas o situaciones que favorecen los intereses de los personajes y otros que son como un palo bajo las ruedas.

Personajes secundarios

Ninguna novela gravita sobre un solo personaje. A cada uno hay que darle una función, una forma de ser, de hablar, algún objetivo, y sopesar cómo actúa esta fuerza en el vector principal de la historia, como contribuye u obstaculiza la acción de los demás personajes. Nunca pongáis un secundario para que sea alguien con quien el prota pueda tener diálogos. Lo convertís en una rémora. Es como poner a una actriz en una peli para que le dé la nota sexi.

Evolución y subtexto

Hemos hablado de la evolución de los personajes. El sentido de esta evolución, ya sea positivo o negativo, nos da también el sentido moral de la novela, o la filosofía que queremos transmitir. Don Quijote evoluciona hacia la cordura, que se consume en la muerte, y Sancho evoluciona hacia la locura.

En una novela, todo se mueve en alguna dirección. Los personajes buscan, luchan, arriesgan algo. Avanzan. Averiguan. Todo esto influye en ellos, les va cambiando los esquemas. Uno de los mayores retos de una novela es reflejar sutilmente esta evolución. Cómo le va afectando el mundo que le rodea, o su propia peripecia. La evolución puede ser positiva o negativa; en cualquier caso, en el signo de esta evolución está la lectura que queremos dar a nuestro relato.

Esta evolución no hay que escribirla en letra gorda, sino que tiene que ser como el subtexto.

El subtexto es lo que contamos sin contarlo. Es lo que se advierte entre líneas, es la tinta invisible. El subtexto hay que reservarlo precisamente para lo más importante. Nunca hay que subrayar la premisa moral de una historia, o la moraleja, si es que la tiene. Eso debe ir escondido en la tinta invisible. Por eso el lector disfruta cuando capta el mensaje subliminal.

El final

El final de una novela es un verdadero quebradero de cabeza. Es la parte más difícil y delicada. En el final se decide la suerte del lance. Sea abierto o cerrado, se resuelva o no la crisis del personaje, o su objetivo, debe contener alguna conclusión implícita o explícita, o la podemos deducir.

En un final a la manera clásica, todas las tramas convergen y llegan al clímax. Es un punto de máxima intensidad, donde se decide todo, y el círculo se cierra. Esta es sólo una de las muchas maneras de entender el final. En todo caso, como mínimo podemos decir que el final debe ser un momento, si no vibrante, al menos, emotivo. Debe provocar una emoción. Es la emoción que queda flotando cuando terminas un libro y lo cierras.

¿Se debe saber el final antes de escribir una novela? Esto es discutible. Tenerlo nos es de gran ayuda, pero a menudo al final cambiamos el final que habíamos previsto. Porque la novela nos ha llevado fuera de nuestros cálculos.

Por eso, el final se suele ir descubriendo sobre la marcha. Pero cuando empiezas una novela, al menos debes saber algo: adónde quieres ir a parar.

Mapa y brújula

Algunos novelistas escriben con mapa, y otros con brújula. Es como ir por un camino en medio del bosque. Si tienes un mapa bien señalizado, has trazado el itinerario, vas sobre seguro, sabes en cada momento dónde estás y qué va a venir a continuación. Si vas con brújula, vas tanteando, no sabes lo que viene después, pero tienes una referencia guía, un punto de coordenadas. Normalmente, escribimos con brújula, si no tenemos la estructura bien armada de antemano. Nos vamos guiando sobre la marcha. Pero es importante saber dónde está el norte y el sur.

Hay quienes avanzan sin brújula, fiándose de su instinto. Es un riesgo que uno asume.

Correcciones

Una novela se hace con muchas capas superpuestas, una sobre otra. Es casi imposible escribir y no corregir. Nosotros pensamos que la corrección constante es normal e incluso buena. Yo corrijo hasta la obsesión, hasta que algo queda a mi entero agrado. A otros escritores les sale bien a la primera, y cada día escriben una o dos páginas que apenas corrigen. Pero son la excepción.

Pero en una primera escritura, a veces es mejor no pararse a corregir una y otra vez lo mismo, sino seguir adelante, para no quedarse bloqueado. Hay que llegar hasta el final. Tienes ya una primera versión, que estilísticamente puede ser chapucera, pero al menos ya está escrita.

La segunda fase es la de corregir y reescribir. Es bueno dejar descansar un tiempo la novela para releerla con ojos frescos, y entonces nos ponemos manos a la obra para darle la segunda atacada.

Antes, cuando escribíamos a máquina, podíamos decir “he reescrito equis veces esta novela”, pero ahora, con el ordenador, ha cambiado esa dinámica. Es mucho más fácil corregir, porque no tienes que repetir toda la página, así que corriges mucho más, y reescribes no cuatro veces, sino cuarenta.

Para mí, corregir consiste la mayoría de las veces en podar. La concisión es una gran virtud narrativa. No digas con dos frases lo que puedes decir en una. No lo expliques todo. Deja huecos para que el lector lo complete. La elipsis es una de las técnicas más elegantes, pues supone confiar en la perspicacia e inteligencia del lector.

Monterroso dejó escrito:

“Trata de decir las cosas de manera que el lector sienta que en el fondo es tanto o más inteligente que tú. De vez en cuando, procura que efectivamente lo sea, pero para lograr eso tendrás que ser más inteligente que él.

Escribir es una forma de conocimiento

Se escribe mucho, demasiado, tantos libros y tanta gente, y sin embargo, pocos libros encuentran su dueño y pocos dueños encuentran su libro. Las estanterías de las librerías están llenas de libros malos. Sobran miles de libros. Y aún nos empeñamos en añadir los nuestros.

Después de este panorama, si aceptamos que es así, es un milagro escribir. Es que lo necesitamos como una droga. Nos ayuda a ser mejores, a corregir un error, ser más felices, nos ayuda a no pensar en la muerte, o a pensar en la muerte con distancia, no sé, cada uno escribe por un motivo, a veces absurdo, como tener una razón para vivir, o quitarle la novia a un amigo.

Escribir nos enseña a pensar y es un ejercicio de introspección. Nos enseña a mirarnos hacia adentro, y a mirar más lejos, a inspeccionar el mundo que nos rodea, en su delirante complejidad. Escribir nos enseña a madurar, a objetivar nuestras emociones y percepciones en el esfuerzo de plasmarlas en el papel, de darles forma y sentido. Escribir es una forma de conocimiento.

Y también es una forma de estar en el mundo, de ser testigo de este loco mundo que nos rodea, y de contarlo. Nos lo contamos a nosotros mismos primero, y esa voz que es lo más nuestro que tenemos, la hacemos vibrar como una melodía en una caja de resonancia que es el libro, para que nuestra composición se extienda a otros seres, a otras soledades, a otros corazones.

Y así, cuando leemos a otro, buscamos lo que reconocemos como nuestro, hacemos propia la voz de otro, incorporamos sus fantasías a las nuestras. Porque leer también es una forma de conocimiento, y de participar en cuanto nos rodea.

He dicho que la exigencia como escritor conlleva la autocensura. Pero como lectores, no apliquemos nunca censuras. No vetemos libros por su temática o su contenido moral. Eso ya es cerrarnos el campo, ponernos anteojeras. Debemos leer todo tipo de libros, sin remilgos ni prejuicios. Lo importante es que sean buenos.

Sin prisa, pero sin pausa

No quiero ser pesimista, ahora que empezáis, pero quiero ser realista. Provocadoramente realista. Una cosa es escribir y otra muy distinta, publicar. Lo tenéis muy difícil para publicar. Mucho menos de la cuarta parte de vosotros llegará a publicar alguna vez una novela en una editorial respetable. Os rechazarán mil veces manuscritos. Noventa y nueve de cada cien manuscritos son definitivamente devueltos a sus autores, en un siniestro viaje de ida y vuelta a ningún sitio. Y si sois de ese uno por ciento, no creáis que con eso os vais a forrar. Sólo unos pocos escritores privilegiados pueden vivir holgadamente de lo que escriben. Pero eso no os debe arredrar ahora. No hay que tener prisa en publicar, ni obsesionarse con el éxito. El único cometido del escritor es escribir bien. Lo demás se libra a la fortuna, o a las influencias de los influyentes, que nunca faltan en esta tierra nuestra.

Pero como dijo Don Quijote, “el honor está en el empeño”. Tanto si publicáis como si no, en este empeño honroso habréis aprendido mucho del mundo y de vosotros, bregando la disciplina de la palabra, que es el vehículo del pensamiento. Habréis aprendido a pensar, a pensar bien, y a expresaros. Schopenhauer dejó escrito que escribir bien es

pensar bien. Pensar con orden, precisión y claridad. Y hoy en día el que sabe expresarse, el que sabe persuadir, el que sabe seducir con la palabra, tiene la llave del éxito.

Así que... ¡a trabajar!